

# **Reseñas**

## La inapagable esperanza

por Pablo Yanes

*Los que siempre estarán en ninguna parte. La desaparición forzada en Guatemala*, ICSyH-BUAP/Grupo de Apoyo Mutuo/Centro Internacional para la Investigación en Derechos Humanos, México DF, 1999.

Las cosas más atroces suelen  
suceder en los lugares más bellos  
R. KAPUCKINSKY

Carlos Figueroa Ibarra sostiene a lo largo de su más reciente libro *Los que siempre estarán en ninguna parte: la desaparición forzada en Guatemala*, una tesis central: “la defensa de un orden político y social excluyente, determinó una confrontación política de enorme violencia”.

Las cifras al respecto, aun frías, retratan el horror que vivió Guatemala desde 1954. Los saldos de la acción metódica de la contrainsurgencia, particularmente en los años ochenta llevó la guerra sucia en Guatemala a niveles inimaginables e inigualables en ningún otro país de América Latina. Fue sin duda, una guerra sucia entre las sucias.

Carlos Figueroa Ibarra analiza, a partir de poco más de 4 mil casos *documentados*, una de las dimensiones de la acción contrainsurgente en Guatemala: la práctica de la desaparición forzosa. La cifra aterradora por sí, es tan sólo una muestra del territorio de devastación en que se convirtió ese país. La Comisión de Esclarecimiento Histórico, formada tras los acuerdos de paz, estima en cerca de 40 mil los desaparecidos durante todo el conflicto armado interno y en más de 200 mil las víctimas totales. Si en otros países de América Latina la desaparición forzosa fue el punto máximo de la contrainsurgencia, en Guatemala fue el antecedente de una fase todavía más intensa: la de tierra arrasada, las masacres en el alti-

## *Bajo el Volcán*

plano indígena, la desaparición de poblaciones enteras. 300 aldeas arrasadas son testimonio de ello y el descubrimiento de un cementerio clandestino tras otro la manera como el pasado sigue gritando en nuestros días.

Un país donde se desaparecían grupos de personas y no sólo individuos. Donde el 21 de junio de 1980 los cuerpos de seguridad se llevaron en el centro de la ciudad de Guatemala, a plena luz del día, a 27 sindicalistas que nunca aparecieron. Un país en el que se tiene, por iniciativa del movimiento popular, un Día Nacional de los Desaparecidos. El 21 de junio de cada año, precisamente.

Todo lo anterior no puede ser calificado como una *guerra de baja intensidad*. Hacerlo así no es más que importar la óptica con la que el ejército norteamericano definió el conflicto centroamericano. Fue de baja intensidad para el ejército de Estados Unidos que aportó, sobre todo en el caso de Nicaragua y El Salvador, armamento, asesores y adiestró a grupos locales para que librarán la guerra en su nombre y representación. Fue de baja intensidad porque no pusieron fuerzas de combate en el terreno, ni arriesgaron la vida de sus tropas. Pero para los países centroamericanos fue una guerra total, en donde se involucró toda la fuerza de estos estados frente al despliegue máximo de energía social y política de las fuerzas populares.

En Guatemala la magnitud de la confrontación se evidencia no sólo en las cifras de aldeas arrasadas, personas desaparecidas, ejecuciones extrajudiciales, refugiados y exiliados. También en un dato empíricamente comprobable: no hay en ese país prácticamente ninguna familia que directa o indirectamente no haya sido afectada por la violencia política.

Aún está pendiente el análisis conclusivo de las razones por las cuales la contrainsurgencia alcanzó los niveles inauditos que se vivieron en Guatemala. Visto en perspectiva sabemos ahora que de los tres países que constituyeron el vértice de la coyuntura revolucionaria centroamericana (Nicaragua, El Salvador, Guatemala), fue en Guatemala donde más lejos estuvieron las fuerzas guerrilleras de derrocar al régimen. Sin embargo, fue en Guatemala donde se

vivió la represión más violenta y sostenida y donde, probablemente, los efectos de lo que Figueroa Ibarra denomina la *cultura del terror*, sean más duraderos.

Propongo, como parte de esta discusión, algunos elementos que nos pueden ayudar a comprender la virulencia de la acción estatal. En la práctica contrainsurgente en Guatemala se entrelazaron los siguientes factores que expongo sin orden de prelación: uno, la rigidez y exclusión de la estructura social y política; dos, la larga duración del ciclo insurgencia-contrainsurgencia por cerca de 40 años; tres, el derrocamiento de una revolución popular en gestación; cuatro, la introyección de la ideología anticomunista y de la cultura de la guerra fría en la oficialidad del ejército y la oligarquía; cinco, el profundo racismo y hábito social y político de discriminación, exclusión y humillación de los pueblos mayas y, seis, las débiles bases de legitimidad estatal.

Es probablemente por la conjunción de todo lo anterior que rápidamente en Guatemala se pasa, como nos señala Figueroa, a una represión estatal masiva, pero sin presos políticos. Así, los aparatos de seguridad se clandestinizaron, se convirtieron en maquinarias de muerte amparadas en la sombra y la impunidad. El primer desaparecido en Guatemala fue el recurso del *habeas corpus*. “Efectuando la represión [señala Figueroa] a través de hombres desconocidos se intentaba hacer de la violencia estatal un hecho *privado*, cuando en realidad era la encarnación de lo *público*, el Estado, quien efectuaba el acto”. Por ello tempranamente Amnistía Internacional alertó a la comunidad internacional diciendo que en Guatemala existía un programa gubernamental de desaparecidos políticos.

Figueroa nos ofrece una clasificación y análisis de los datos de los desaparecidos en donde establece patrones importantes: la vinculación entre los ciclos de ascenso insurgente y los de la práctica de la desaparición forzosa, la distribución municipal, de género, de edad, de pertenencia étnica de las víctimas de la desaparición. Asimismo nos presenta un análisis de cómo la desaparición no sólo es la despersonalización de la víctima, la expropiación de su condi-

## *Bajo el Volcán*

ción de sujeto jurídico, sino también es la privación del duelo para los familiares, es el imperio de la incertidumbre, el reino del envanecimiento, el dolor que no cierra y que no cesa, la *inapagable esperanza*. Pero ello es, ante todo, como lo expresa Figueroa, un recurso político de destrucción de tejido social de busca de la paralización colectiva y de construcción de un consenso pasivo hacia la acción del Estado.

Una de las contribuciones del libro y que lo distingue de otros trabajos sobre el mismo tema, es su recurrente preocupación por lo que podemos denominar los *saldos culturales del terror*. La magnitud de la violencia vivida en y por Guatemala no sólo deja un saldo de víctimas, también de hábitos y conductas culturales. Así, como la contrainsurgencia obligó a despliegues de energía social y heroísmo individual extraordinario como el de la lucha, mayoritariamente de mujeres, agrupadas en el Grupo de Ayuda Mutua (GAM) y posteriormente en otras organizaciones de derechos humanos, también la acción estatal produjo mecanismos de introyección de esta cultura del terror que constituye uno de los obstáculos sociales más profundos para construir en Guatemala un Estado de derecho, una cultura de la legalidad.

El Estado actuó por encima y en contra de toda legalidad, pero su acción produjo en algunos sectores una especie de legitimidad perversa mediante la culpabilización de la víctima. Nada más elocuente que las expresiones que se reproducen y analizan en el libro “por algo habrá sido”, “el que busca encuentra”, “por andar metido en política”, “por andar haciendo babosadas”.

A manera de hipótesis Figueroa nos presenta tres manifestaciones de la *cultura del terror* en la dinámica social de la Guatemala de fin de siglo: la legitimidad social de la ejecución extrajudicial de los delincuentes, la cada vez mayor popularidad de la pena de muerte y el culto a la mano dura y el hombre enérgico: la *nostalgia ubiquista*. Todas ellas, vistas con detenimiento, comparten un rasgo, la legitimización de la violencia (legal e ilegal) como instrumento ordenador de las relaciones sociales y la convivencia posible. Y es

## RESEÑAS/La inapagable esperanza

probablemente esta centralidad de la violencia en la conciencia social uno de los rasgos más dañinos que hereda Guatemala en su proceso de paz, este sí, hasta ahora, de baja intensidad. Esta centralidad es uno de los obstáculos más profundos para la construcción de una sociedad civil ciudadana, constituye, en síntesis, un paralizante resorte conductual, anidado en el inconciente colectivo, contra el que habrá que remar para tener una Guatemala en donde el aire sea respirable, donde el miedo sea sólo un recuerdo.

En este querido país la democracia será un hecho cultural, o no será.